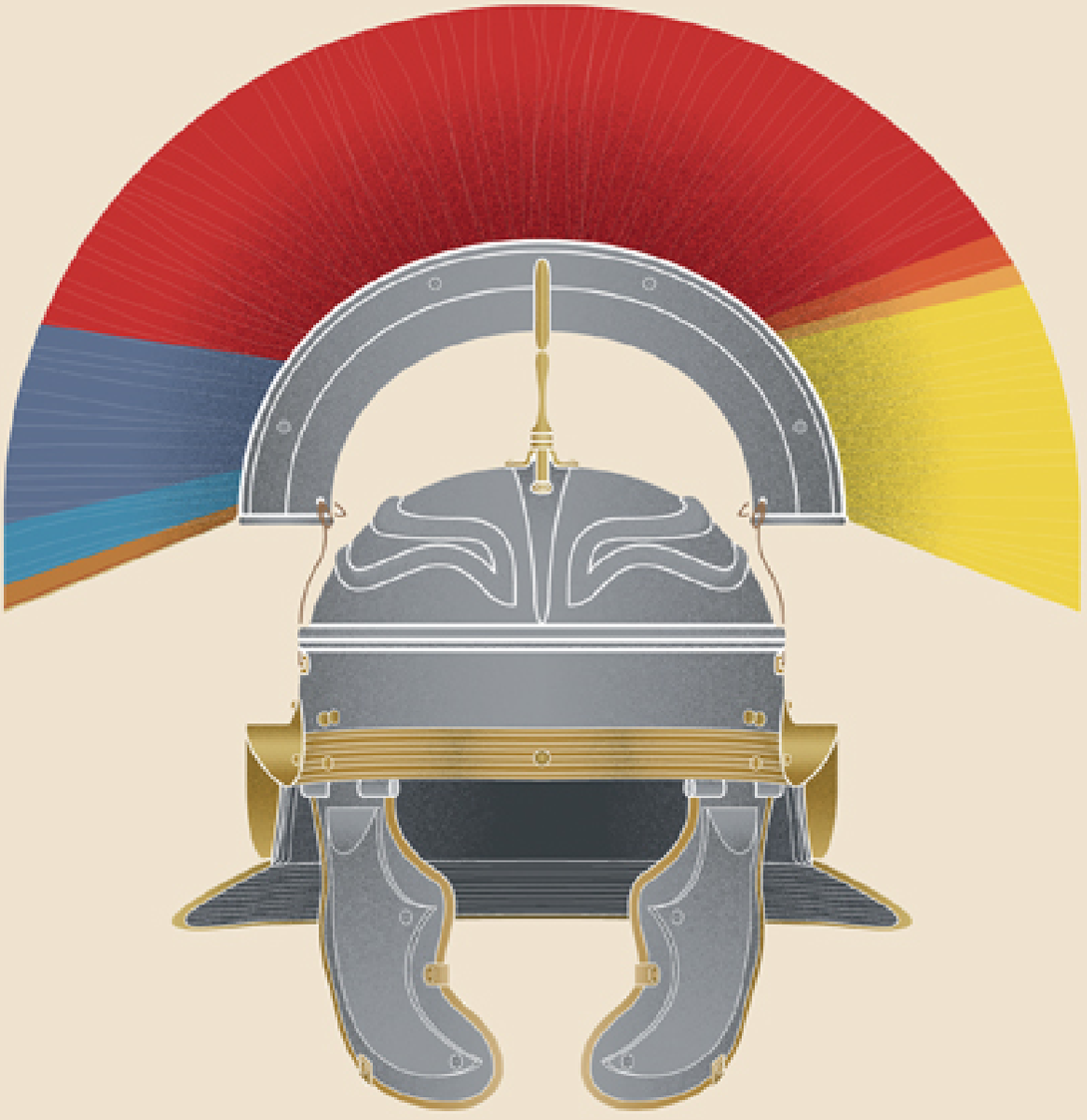
NICOLAS GUILLERAT
DISEÑO DE DATOS

JOHN SCHEID
CON LA COLABORACIÓN DE
MILAN MELOCCO

INFOGRAFÍAS DE LA ANTIGUA ROMA



CRÍTICA

INFOGRAFÍAS
DE LA ANTIGUA ROMA

NICOLAS GUILLERAT
Diseño de datos

JOHN SCHEID
con la colaboración de
MILAN MELOCCO

INFOGRAFÍAS
DE LA ANTIGUA ROMA

TRADUCCIÓN CASTELLANA
DE SILVIA FURIÓ

CRÍTICA
BARCELONA

Infografías de la antigua Roma
John Scheid, Nicolas Guillerat y Milan Melocco

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Infographie de la Rome antique*

© Passés composés/Humensis, 2020

© de la traducción, Silvia Furió, 2021

© del diseño e ilustración de la cubierta, Nicolas Guillerat

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (pdf): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-9199-337-7 (pdf)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

Prólogo 9

Parte I. Territorios y poblaciones del Imperio

Capítulo 1. De la ciudad al Imperio 14

Capítulo 2. El pueblo romano 26

Capítulo 3. Un mosaico de ciudades 36

Parte II. Gobernar, venerar a los dioses y satisfacer las necesidades

Capítulo 4. El sistema político romano 40

Capítulo 5. El emperador y las dinastías 48

Capítulo 6. Religiones 56

Capítulo 7. La economía romana 68

Parte III. La potencia militar romana

Capítulo 8. Las legiones, instrumento del dominio romano ... 80

Capítulo 9. Roma, marítima por pragmatismo 102

Capítulo 10. Guerras y campañas 106

Prólogo

La historia de Roma es muy larga. Desde su supuesta fundación en 753 a. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453 transcurren más de dos mil años, y su imperio, el mundo romano, abarca un espacio inmenso, que se extiende desde Escocia hasta el Sahara y desde Gibraltar hasta el mar Negro. Semejantes dimensiones son razón suficiente para que esta obra deba limitarse a la historia del Imperio occidental, que concluye en 476 d. C. Aun así, se trata de un período largo con escasez de fuentes y para cuyos primeros siglos estamos relativamente desprovistos de datos. Por otro lado, el último siglo del Imperio de Occidente es tan sumamente confuso, y está, de hecho, tan dominado por las invasiones, que su tratamiento resulta demasiado complejo para el volumen que presentamos. Es más, al no ser el Imperio romano un imperio territorial centralizado, sino más bien un mosaico de elementos institucionales y culturales muy diversos, cuyas ciudades funcionaban cada una según su propia lógica, es imposible dar debida cuenta de estas innumerables historias paralelas. Por este motivo nos ha parecido más pertinente consagrarnos esencialmente al Estado de Roma, la *Res publica* del pueblo romano, que era como se definían los habitantes del mundo romano, que constituía el centro político y la autoridad superior de este vasto conjunto, y dedicar una breve sección a las provincias y ciudades.

Dentro de un período (ya de por sí largo) que abarca desde el siglo v a. C. al iv d. C., el empeño tropieza con un segundo problema: la cantidad y el tipo de fuentes de que disponemos y los límites que imponen a esta tarea, especialmente en lo relativo a los datos numéricos. A medida que nos remontamos a la época de la fundación, las fuentes se vuelven menos abundantes y menos aprovechables. Los vestigios arqueológicos de los primeros siglos son sin duda cada vez más numerosos y a veces resultan espectaculares, pero permanecen mudos y no es posible utilizarlos sin una crítica profunda de los textos históricos y mitológicos –claramente posteriores– que los transmiten. ¿Quiénes son los reyes romanos? ¿Conocemos sus nombres o bien son fruto de leyendas posteriores? ¿Es Servio un esclavo cuyo nombre pasó a la posteridad o es su nombre lo que se ha utilizado para construir el mito? ¿Cuáles son las instituciones de la Roma monárquica y cuál es su historia? Hay infinidad de preguntas que permanecen sin respuesta. Es cierto que nos han llegado algunas inscripciones muy antiguas, pero por desgracia no nos ayudan demasiado. Una de ellas, hallada en el Foro romano dentro del espacio sagrado situado bajo un enlosado llamado Piedra Negra (*Lapis Niger*), que data del siglo vi-v a. C., nos indica que en aquella época había un rey (*rex*), provisto de un heraldo o sirviente (*calator*), y que un determinado acto habría dado lugar a un castigo (*sacratio*: exclusión de la comunidad civil y «entrega» a los dioses, e incautación de los animales de tiro). Esta norma, muy mutilada, ha sido interpretada por infinidad de estudiosos, y aunque adoptemos una explicación en detrimento de otra, el beneficio de la respuesta no aporta gran utilidad. Dada la escasez de la información que contiene, su importancia no es más que cronológica. Nuestro acercamiento a la historia romana será, pues, somero y rápido en lo concerniente a los primeros siglos, hasta el período que empieza a proporcionarnos

documentos históricos, textos, inscripciones y planes urbanísticos de veras utilizables. Esto nos conduce, a grandes rasgos, al siglo IV a. C.

A partir de esta fecha podemos confiar en general en los historiadores antiguos, sobre todo en lo que se refiere a los tres últimos siglos de la República y los tres primeros del Imperio. Después, del siglo IV d. C. en adelante, escasean los historiadores de buena calidad y la historia se convierte en un arduo ejercicio crítico pese a la abundancia de las fuentes y a la posibilidad, a partir, sobre todo, del siglo I de nuestra era, de apoyarnos en las inscripciones. Aunque seamos capaces de sacar provecho de estos documentos para reconstruir las instituciones, la vida social, política, militar y económica, y por supuesto la historia de Roma, a menudo nos faltará algo esencial: cifras fiables y aprovechables. Con frecuencia, los manuscritos que nos han llegado no solo han transmitido mal las cifras obtenidas de textos más antiguos, sino que la mayoría de las veces ni siquiera las dan, y si lo hacen es de forma aleatoria. No se puede pretender reconstruir datos tan precisos como los de la historia moderna y contemporánea: debemos ser conscientes de que, cuando utilizamos cifras en historia antigua, nos basamos en estimaciones y reconstrucciones a veces inciertas, que pueden revelarse falsas en el momento en que surge un nuevo documento. El historiador de la Antigüedad tiene que servirse casi siempre de todos los datos que existen y no de los que posee tras un proceso de selección. Eso es precisamente lo que distingue su disciplina de la de sus colegas especializados en historia moderna o contemporánea.

No obstante, pese a las limitaciones que acabamos de plantear, los datos de que disponemos permiten elaborar una infografía del mundo romano occidental estructurada en tres partes. La primera, «Territorios y poblaciones del Imperio», dibuja el contexto espacial del volumen y pone de relieve el crecimiento del poder y del mundo romano en su asentamiento inamovible a orillas del Tíber. Describe, a continuación, el perímetro y los rasgos generales del pueblo romano, su evolución y su estructura social. Se han destinado algunas páginas a tratar de lo que se convierte progresivamente en el marco cotidiano de la mayoría de ciudadanos romanos y de otros habitantes del Imperio: el mundo de las ciudades de Italia y de las provincias, con instituciones homólogas, pero siempre particulares. En este sentido, podríamos haber dedicado todo un volumen a las ciudades, incluidas las colonias romanas, que nunca tuvieron exactamente la misma constitución, y las ciudades no romanas («peregrinas», es decir, extranjeras), que tenían otros sistemas de organización de la vida política, judicial e institucional. Estas descripciones, sin duda, habrían revelado al lector la increíble variedad del mundo romano, pero no habrían aportado nada nuevo a la comprensión de su estructura.

La segunda parte, «Gobernar, venerar a los dioses y satisfacer las necesidades», está dedicada al funcionamiento de este inmenso conjunto, empezando por las instituciones de Roma bajo la República y el Imperio, sin olvidar la figura específica del emperador romano. Pese a haber considerado la dificultad de tratar de forma detallada la cultura helenísticorromana, que caracteriza los mil años descritos en estas páginas –habría que

componer otro volumen completo–, sí hemos reservado una breve sección a uno de los aspectos más típicos de la cultura romana, su pensamiento jurídico, que todavía hoy conforma el mundo occidental. Debido a su particularidad y a su evolución, hemos dedicado una parte del libro a las religiones de Roma, a los cultos públicos y a los cultos privados, sin olvidar la revolución que representó la emergencia del cristianismo. Entre las demás actividades sociales, hemos consagrado también un apartado importante a la economía, aspecto que puede desconcertar al lector moderno. Eso es precisamente lo que dejan entrever los numerosos debates entre «modernistas» y «primitivistas», que a menudo, debido a la exigüidad de nuestras fuentes o a su sesgo particular, han de apelar a diversas teorías para crear una síntesis.

La tercera parte analiza «La potencia militar romana», describe el ejército del Estado romano y expone las razones de su potencia: su reserva casi inagotable de soldados, que le dio la victoria por desgaste sobre la mayoría de sus adversarios. La historia militar romana de Occidente termina cuando los últimos enemigos de los romanos, los bárbaros germánicos, lograron ocupar el sitio de los combatientes romanos, cansados ya de la guerra, y apropiarse así, desde dentro, del poder imperial.

Como ya hemos dicho, la especificidad del enfoque y la ingente masa de documentos hacen imposible abordar ciertos aspectos. Así pues, hemos decidido excluir el tema de la cultura del mundo romano, puesto que habría sido preciso acudir a autores griegos y latinos –poetas, filósofos, narradores, historiadores y sabios, activos durante seis siglos–, sin olvidar que los intelectuales romanos renovaron en cierto modo el interés por el pensamiento griego del siglo v a. C. y contribuyeron ampliamente a transmitirlo a la posteridad. Tal cosa extendería aún más la exposición que se ofrece en estas páginas. Asimismo, los romanos adoptaron la gran arquitectura griega y helenística y favorecieron su evolución al añadirla a sus artes edificatorias y decorativas, que tenían su propia originalidad, y de las que todavía disfrutan hoy nuestros arquitectos. Aun así, también hemos omitido este tema como tal. No obstante, nuestras explicaciones enmiendan a veces esta decisión al mostrar o hacer alusión a templos, basílicas, arcos de triunfo y casas lujosas, así como a monumentos públicos que acogen espectáculos, como los odeones, los teatros, los circos y los anfiteatros. Estos aparecen en nuestros planos, pero no los describimos en detalle porque son muy similares entre sí y no se diferencian más que por el tamaño. Por otro lado, mencionamos los circos en su contexto más habitual: la conclusión y el acompañamiento de un gran sacrificio. Además, aunque los anfiteatros sean construcciones impresionantes, no hay que concluir que los romanos se pasaban el tiempo contemplando cazas y espectáculos que, a la postre, se asemejaban más a las corridas y a la lucha libre que a las masacres de gladiadores que nos muestra Hollywood. En este caso, como en el conjunto de los datos, hemos tratado de describir, en su propio contexto, todos los elementos importantes de la estructura del mundo romano occidental.

PARTE I

TERRITORIOS Y POBLACIONES DEL IMPERIO